

Magma

(Spurious)

Lars Iyer

Traducción de
José Luis Amores



Editorial Pálido Fuego

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Título original: *Spurious*

Autor: Lars Iyer

Diseño y maquetación: Editorial Pálido Fuego S.L.

Diseño de la portada: Editorial Pálido Fuego S.L.

© 2011, Lars Iyer

© 2013, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Editorial Pálido Fuego S.L.

C/ Charlot, 13. 29016 Málaga

www.palidofuego.com

© 2013, José Luis Amores, por la traducción

Primera edición: febrero de 2013

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-940529-2-7

Depósito legal: MA 115-2013

Impresión: Imprenta Kadmos S.C.L.

Río Ubierna Naves 5-6, Pol. Ind. Tormes, 37003 Salamanca

www.kadmos.es

A Sinéad

MAGMA

Que soy una influencia fatal para W., eso es lo que dicen todos ¿Por qué pasa el tiempo conmigo? ¿Qué es lo que le encuentra a estar conmigo? La flor y nata niega con la cabeza. A veces W. vuelve a la mesa de honor y ofrece una explicación. Que soy algo que ha de explicarse, dice W. Que tiene que dar cuenta de mí a todo el mundo. ¿Por qué?

Que yo no siento la necesidad de hablar de mí mismo, dice W., esa es la razón. Que no tengo un verdadero sentido de la vergüenza. Debe de ser algo relacionado con mi hinduismo, reflexiona W. «Eres un individuo de la antigüedad, aunque de los inocentes, inmune a la vergüenza», dice W. Por otro lado, podría deberse simplemente a mi estupidez. Yo soy más libre que él, reconoce W., pero más estúpido. Se trata de un tipo inocente de estupidez, pero estupidez a pesar de todo.

Ese ha sido mi gran papel en su vida, dice W., ayudarle a escapar de la mesa de honor. Ahora se encuentra entre las mesas inferiores, dice, en el nivel de los chimpancés.

W. se acuerda de cuando yo era alguien prometedor, me dice. Recuerda las preguntas que solía hacer, y cómo resonaban éstas bajo los techos abovedados. «Parecías tan inteligente entonces», dice. Yo me encojo de hombros. «Pero cuando cualquiera de nosotros leía tu trabajo...», dice, sin terminar la frase.

¿Fue él alguna vez prometedor?, le pregunto a W. Lo fue,

recuerda. Aquella fue una época dorada. Todos le admiraban. ¡De él se esperaba de todo! Cada mañana, se levantaba y leía y tomaba notas hasta que se iba a dormir. En su habitación tenía un escritorio y una cama, y sus libros y sus cuadernos, y nada más. No salía, no bebía, solamente leía y tomaba notas, día tras día. ¿Qué fue lo que falló? «La bebida», dice. «Empecé a beber demasiado.» ¿Por qué bebía? «La sensación de apocalipsis», dice W. «De que todo aquello era para nada.»

A W. le impresiona mi balbuceo. «Balbuceas y tartamudeas», dice W., «y te tragas la mitad de las palabras. ¿Qué es lo que te pasa?». Cada vez que nos vemos, dice, es un poco peor. Las palabras más simples están empezando a vencerme, dice W. Tal vez se trate de pequeñas apoplejías, especula W. Eso lo explicaría. «Tuviste una hace poco, ¿no?»

Quizá, reflexiona W., mis balbuceos y tartamudeos sean una manifestación de vergüenza. W. dice que nunca creyó que yo fuera capaz de tenerla, vergüenza, aunque quizá esté ahí a pesar de todo. «Algo en tu interior sabe que lo que dices es basura», dice. «Algo reconoce la necesidad interminable que sale de tu boca.»

«Algo dentro de ti siempre lo ha sabido, ¿verdad?», dice W. «¿No lo decían tus profesores en tu boletín de calificaciones: *Lars tartamudea, aunque eso no parece preocuparle?*» Pero ¿por qué no me preocupaba?, se pregunta W. ¿Pensaba yo que mi vergüenza se terminaría con la *manifestación* de mi vergüenza? Yo no estaba *avergonzado de mi vergüenza*, esa es la cuestión, dice W. Mi vergüenza no me inducía a pensar y reflexionar. No daba pie a que mis hábitos cambiaran.

Todo se reduce a mi no-catolicismo y mi no-judaísmo, dice W. Únicamente para un judío y un católico como él mismo (en la familia de W. son conversos) es posible sentir vergüenza *de* la vergüenza.

W. sueña con tener una conversación seria. No que tratara de asuntos serios, comprendes, dice, que se refiriera, por ejemplo, a las grandes cuestiones de la actualidad. «Que el discurso *en sí mismo* fuera serio», dice con gran vehemencia. Eso es lo que ha conseguido él con los pensadores auténticos que ha conocido. Todo lo que dicen es serio; son incapaces de *no* ser serios.

Incluso yo me pondría serio cerca de un pensador de verdad, ha observado W. Rememoramos aquella tarde en Greenwich cuando W. se quedó ensimismado hablando con un pensador así; W. pudo comprobar que yo mismo experimenté la seriedad de la conversación. Estaba impresionado; por una vez yo no iba a arruinarla hablando de orificios nasales o cosas por el estilo.

«¡Conversación!», exclama W. De eso va la amistad. Cree que incluso yo puedo percibirlo. «De ahí que balbucees», dice W. «De ahí que te tragues la mitad de las palabras.»

«¿Cuándo lo supiste?», dice W. con gran insistencia. «¿Cuándo supiste que no ibas a llegar a nada? ¿Lo *supiste?*», pregunta, pues a veces sospecha que nunca lo he sabido. Bueno, él lo sabe, en cualquier caso, en cuanto a los dos. «¡Ninguno de los dos va a llegar a nada!», dice con rotundidad. «¡Ninguno de nosotros! ¡Nada!»

W. habla con aflicción sobre mi declive intelectual. Naturalmente no es de mi declive de lo que se lamenta, sino de su propio juicio, y de sus propias y fantásticas esperanzas: ¿cómo llegó a ponerlas en mí? ¿Por qué necesitaba ponerlas en nadie?

¿Cómo se ha llegado a esto?, dice W. ¿Cuál fue el camino equivocado que tomó? Él estaba como Dante, perdido en un bosque oscuro. «Y allí estabas tú», dice, «el idiota del bosque». Yo siempre estaba perdido, ¿no es así? Ni siquiera sabía que estaba perdido, pero lo estaba. O quizá jamás he estado perdido. Quizá yo pertenecía al bosque, reflexiona W. Quizá yo esté únicamente en el bosque por el que W. deambula, dice, aunque no lo tiene claro.

«¿Crees que es posible morir de estupidez?», suspira W. «No a consecuencia de esa estupidez», puntualiza, «sino *desde* la estupidez. ¿Y de vergüenza?», me pregunta W., «¿crees que podrías morir de vergüenza?, me refiero a morir literalmente».

Deberíamos ahorcarnos de inmediato, piensa W., ese es

el único curso de acción honorable. No tenemos ningún crédito, ninguno en absoluto.

Las cosas van mal. Deberíamos suicidarnos, dice W. Tiene la idea de prenderse fuego delante de la multitud como ese demente de la película de Tarkovsky. «Pero eso no sería lo apropiado», dice.